1000162

Don Antonio Argüelles y Ferrer

Por PEDRO RODRIGUEZ PAGES

(Bibliotecario de la Asociación de Autores y Escritores «Antonio Maceo»)

Nació don Antonio Argüelles y Ferrer en la ciudad de Trinidad el año de 1860, siendo hijo de padre español. A la edad de 18 años pasó a Cienfuegos, colocándose en la Empresa de Vapores de Menéndez y Compañía, que hacía el tráfico por la costa Sur de Cuba. Don Esteban Cacicedo le proporcionó este empleo, por recomendación del capitán del vapor «Villaclara» don Modesto Crespo.

En 1881 se encontraba en los Estados Unidos de Norte América, estudiando en el colegio de Míster Brown, en el poblado de Wilton, Estado Conélico, siendo su estancia en dicho colegio casi de tres años.

En New York en el 1885 fué por vez primera a la Junta Revolucionaria Cubona, llevado por el señor Marino Fomares, natural de Trinidad, y en ella conoció a don Tomás Estrada Palma, Benjamín Guerra, Máximo Gómez, Antonio Maceo y Grajales, José Martí, Gonzalo de Quesada y Aguerro Loza, este último natural de Cienfuegos. Todos estos patriotas han mantenido estrechas relaciones con don Antonio Argüelles y Ferrer, don Antonio Reguera y Acea y otros patriotas de esta ciudad.

En 1887 se encontraba nuevamente en Cienfuegos, donde es colocado por el propio don Esteban Cacicedo en el central «Constancia», propiedad del Marqués de Apesteguía, y los hermanos de éste don Emilio y don Guillermo.

En 1889, el señor Cacicedo, le proporcionó su traslado a esta ciudad, nombrándolo Administrador de los Almacenes de azúcar y carga de travesía en el muelle de Torriente. Y es aquí donde comienza don Antonio Argüelles su obra de conspiración, con verdadero entusiasmo, para lograr la independencia de Cuba.

Una mañana, como a las cinco, llegaban don «Antoñico» Argüelles al muelle de Torriente a comenzar sus labores de administrador del mismo, cuando es avisado por el mayordomo del vapor «Argonauta», atracado al propio muelle de Torriente, que a bordo venía el general Antonio Maceo. Don «Antoñico» se llegó al vapor, llamó a donde se le indicara, que fué precisamente al camarote número veintitrés y se encontró con el propio general Maceo en persona, quien se encontraba sentado en la litera de su camarote.

Se cambiaron los saludos de ritual, pasando la conversación a investigar Maceo cómo estaba el entusiasmo patriótico en esta ciudad, donde no existía ni principios de tal entusiasmo, por ser Cienfuegos, en aquella época, como le dijo don «Antoñico» una «España chiquita».

Maceo iba para Oriente, lugar de su nacimiento, donde se le conocía y se le tenío en grande afecto y estimación por haber hecho sus campañas en la Guerra Grande por aquellos contornos.

Aquí en Cienfuegos no existía animación revolucionaria, ni preparativos para la lucha del 1895, que ya se avecinaba.

Por invitción de don «Antoñico», salió Maceo a tierra para visitar entre otros señores a Marino Coimbra, don Juan Domingo Roche, Hipólito Torres y otras personas más, muchos de los cuales le habían venido a buscar en un coche de punto. Don «Antoñico» no pudo ir con ellos por sus múltiples ocupaciones como administrador de los Almacenes de Azúcar y Muelle de Torriente.

Momento después de las diez y media de la mañana ya estaban de vuelta Maceo con sus acompañantes, después de haber almorzado con ellos. A las once el vapor salió para Oriente, llevándose a Maceo.

.. ..

Pero al regreso de Oriente del «Argonauta», es sorprendido don «Antoñico» con la vuelta inesperada de Maceo. Esta otra vez también salía a tierra, pero vigilado por dos guardias civiles a visitar de nuevo al señor Coimbra. Estos guardias Civiles respetaban mucho a Maceo y así hubo de advertírselo a don «Antoñico», que eran muy correctos y le atendían demasiado. Cuando Maceo salía por las calles, los guardias civiles iban por la acera opuesta a la que caminaba Maceo. Y fué en uno de estos trayectos en que lo ocompañaba don «Antoñico», a la casa del señor Coimbra, cuando Maceo le dijo:

—He pedido permiso al Ministro de España en Washington para visitar mi familia en Cuba. El general Calleja me ha dado ese permiso, pero ahora que estoy aquí, buscan un pretexto para detenerme, obstruccionando con ello mi campaña y preparativos en favor de la

PATRIMONIO DOCUMENTAL OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

1000163

revolución que se esta preparando.

Pero a mí no me prenden, si es que m$_{e}$ puedo escapar. Y acercándose más a don «Antoñico» le pregunta: ¿Usted podía ayudarme a salir d$_{e}$ este país?.

Y como atracado al muelle de Torriente había dos barcos de vela americanos, le contestó:

—En uno de esos dos barcos puedo sacarlo.

Dichos barcos demoraban su descarga por hacerse a mano sus trabajos, es decir, sin las maquinillas con las cuales hoy día se viene haciendo la carga y descarga.

Maceo, ante las facilidades que don «Antonio» le brindaba para salir del país, en un caso convenido, le dice:

—Si yo me puedo escapar d$_{e}$ estas gentes —y señaló para los guardias civiles que le venían vigilando—, estoy con usted para que me salve.

Llegado a este lugar de la conversación se encontraron frente a la puerta d$_{e}$ la casa del señor Coimbra, quedándose los guardias civiles parados en la acera de enfrente a la casa. La misión de ellos era no perder de vista a Maceo. Se trató en esta segunda visita, poco más o menos, de lo que creían más propio para la revuelta que se preparaba; de los contratiempos que tuviera en Santiago de Cuba, y que tenía que regresar para La Habana.

Concluída la entrevista, volvió Maceo para el vapor, el cual salió a su debido tiempo, llevándose al general para La Habana.

Pero a la semana siguiente, recibe don «Antoñico» un recado por un muchacho, fregador de platos del hotel «La Plata», que estaba situado en la esquina de Argüelles y Casales, quien le dijo:

—¿Usted es don «Antoñico» Argüelles?

—Yo mismo soy ¿qué deseas?

—Decirle —dice el muchacho— que un pordiosero que está parando en el hotel «La Plata», necesitaba verlo.

Don «Antoñico», siempre de prisa, le contesta:

—Dile que ya pasaré por el hotel para verlo.

De ello no se volvió a acordar don «Antoñico», y al día siguiente, al ir por la mañana, muy temprano, como de costumbre a desayunarse al café «El Olimpo», el mismo que aún existe, vió salir del hotel a su propietario que lo era «Florfina», acompañado del muchacho que le diera el día anterior el recado del pordiosero que deseaba verlo. Iban camino de la plaza de Mercado para hacer la compra diaria, y recordando don «Antoñico» que tenía que ver al pordiosero, se llegó hasta la puerta del hotel por la cual salía «Florfina» y éste le advierte:

—Lo que quiere ese pordiosero es que tú le des un peso.

Don «Antoñico» le entregó el peso a «Florfina», pero éste se lo devuelve y le dice:

—Tienes tú que llevárselo.

Y disponiéndose don «Antoñico» entregarlo, le pregunta a «Florfina»:

—¿Dónde está ese pordiosero?

—Por el olor lo encontrarás. Está junto a la letrina.

Hacia ella se dirigió don «Antoñico», la cual estaba al fondo del hotel, tocó a la puerta y mientras le abrían, vió por una de las muchas rendijas de la pared de tablas del cuarto, que encendían una luz, comprobando después, cuando entrara, que era un cabo de vela. Como demoraran en abrirle, hubo de advertir que deseaba lo despachasen cuanto antes, pues tenía prisa y mucho que trabajar.

En eso se abrió la puerta y presentándose el pordiosero le pregunta:

—¿Me conoces?

—No señor—fué la respuesta de don «Antoñico».

Entonces el pordiosero se quitó su viejo sombrero, unos espejuelos de colores, y además unas patillas postizas, con todo lo cual estaba convenientemente disfrazado. ¡Grande sorpresa recibió don «Antoñico» al reconocer a Maceo! Se abrazaron y Maceo le dice:

—¡Aquí me tienes para que m$_{e}$ embarques!

Nueva sorpresa de don «Antoñico», para quien desde ese momento se echaba encima tan grande compromiso: salvar a Maceo que se le había escapado a sus vigilantes, y venía a que don «Antoñico», cumpliera su palabra de sacarlo de la Isla en uno de los dos barcos de vela que días antes le había brindado. Pero estos barcos no habían concluído su descarga y Maceo apremiaba a don «Antoñico» para que lo salvara, pues ya lo estarían buscando para prenderlo. En uno de esos momentos de más apuros le dice Maceo:

—Si me vienen a prender, me mato, pues no me entrego.

Y todo esto hacía sufrir más a don «Antoñico», quien no veía el momento oportuno de salvar a su amigo, que tan confiadamente se había puesto en sus manos.

Han pasado ocho días y Maceo aún seguía escondido en el hotel «La Plata», siendo diariamente visitado por don «Antoñico», únicamente, para darle consuelo. Le llegó a ofrecer el cambiarlo a otro cuarto mucho mejor del que tenía, pero Maceo no lo aceptó para no llamar hacia sí algunas sospechas que lo descubriesen, permaneciendo en la misma habitación todo el tiempo que estuvo en «La Plata». En este viaje Maceo no hizo visitas ni salía del hotel, recibiendo tan solo a don «Antoñico», como queda dicho.

PATRIMONIO DOCUMENTAL OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

1000164

Una mañana muy temprano estaba don «Antoñico», bastante desesperado paseándose por el muelle de Torriente, pensando que los días pasaban y no veía cómo había de sacar a Maceo del país, cuando vió atracada al muelle de Campo, que se encuentra a unos trescientos metros al Este del muelle de Torriente, a la goleta de dos palos y de velas llamada «La Nueva Concha», de a cual era su patrón Manuel Capoche, natural de Manzanillo, el cual era pardo, gran conocedor de los lugares próximos a la Isla por su costa sur. Don «Antoñico» se dirigió al muelle de Campo para entrevistarse con él y le dice:

—Le tengo a usted por un buen cubano, y por ello me voy a descubrir a usted, porque yo también lo soy,, pero tengo a un cubano escondido, que lo quieren prender y deseo salvarlo.

Sin decirle al patrón de quien se trataba. Capoche le contestó de este modo:

—Si se trata de un cubano, y de mí depende su salvación, cuente conmigo y dígame a dónde tengo que llevarlo.

A lo cual le respondió don «Antoñico»:

—Sáquelo hasta los Cayos de las doce Leguas. Por allí hay barcos que lo pueden llevar hasta Jamaica. El pagará su pasaje.

Se entendía el pasaje de los Cayos a Jamaica, porque Capoche no cobraba su trabajo.

Y ya tratado lo del patrón y el barco dispuesto para sacarlo de este puerto y de la Isla,, se llegó don «Antoñico» al hotel a darle a Maceo estas buenas nuevas, y de que se preparase porque a la noche del día siguiente podía embarcarse.

Llegada las siete de la noche del día convenido, se fué don «Antoñico» en busca de Maceo, el cual ya estaba dispuesto para marchar y disfrazado de pordiosero salieron los dos juntos del hotel, despidiéndose Maceo de «Florfina», diciéndole que iba para Trinidad. Don «Antoñico» lo llevaba por un brazo y Maceo fingía hacerse el imposibilitado, portando un palo por bastón para aparentar mejor el papel de pordiosero que venía representando, burlando de ese modo la vigilancia de las autoridades españolas.

Salieron del hotel por una de las puertas de la calle de Casales, siguiendo por la misma hasta la calle de La Mar, lugar donde se encontraron con una pareja de la guardia civil que andaba de paseo. Al advertirla don «Antoñico», le dice a Maceo:

—Por ahí viene una pareja de la guardia civil.

A lo que Maceo le responde:

—Suélteme, pues si vienen a prenderme, a uno le doy una trompada en el pecho que lo hecho por tierra y al otro un trancazo.

Y muy bien que podía hacerlo, porque al decir de don «Antoñico», tenía Maceo unos brazos propios para derribar a la pareja junta.

Grande sorpresa recibe don «Antoñico» al encontrarse con la pareja, pero no así Maceo, que estas cosas no le alteraban en lo más mínimo.

Y cuando llegaron al muelle de Campo, don «Antoñico» conduce a Maceo a la cámara de barco, que ya estaba preparado y dispuesto todo para a una voz del patrón salir a la mar...

Capoche andaba paseándose por el muelle en espera del cubano que tenía que salvar de las persecuciones que ya le seguían. Don «Antoñico» nada le había dicho a Capoche de quién era el cubano de que se trataba, por temor a no querer llevarlo. Pero ya dentro del camarote Maceo, fuese don «Antoñico» por el patrón y le avisa que ya tiene a bordo el hombre que debe salvar... Y es entonces cuando don «Antoñico» le comunica a Capoche, que al cubano que va a salvar es a Maceo. Capoche se lamenta que se lo hubiese dicho tan tarde, porque de saber que era Maceo, le traería otra preparación y otros obsequios y mejores comestibles, pero Maceo le desponde:

—El obsequio más grande que usted puede hacerce es soltar los cabos y salir cuanto antes.

Y dirigiéndose a don «Antoñico», le dice así:

—A tí te debo la vida. Nos veremos en Cuba Libre. Ya tendrás tu recompensa.

Capoche dió las órdenes oportunas de salida. Las velas fueron izadas en sus palos. El barco se separó del muelle y un cuarto de hora después, con una brisa que le fué favorable, doblaron a Cayo Carenas.

Maceo se había salvado esta otra vez.

Cienfuegos, 28 de noviembre de 1936.

NOTA: Hacemos constar que el señor don Antonio Argüelles es socio fundador de la Asociación de Autores y Escritores «Antonio Maceo».

Mundo, feb. 14/37

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA